

A favor de la autenticidad de este Sepulcro glorioso tenían la tradición de los fieles, el Evangelio, que dice que el monumento donde pusieron á Jesús estaba junto al Calvario, pues el único otro sepulcro que hay en las inmediaciones del Gólgota, es el llamado de José de Arimatea, el cual está más separado del Calvario y forma varias cavidades, mientras que el del Salvador no tiene más que una, lo cual responde exactamente á lo que nos dice San Juan : « Era un sepulcro nuevo en el que nadie había sido sepultado ». Es decir : era nuevo no sólo porque nadie había sido sepultado en aquel recinto, sino porque en la misma peña no se había labrado otro sepulcro.

La piadosa emperatriz Elena, á pesar de sus ochenta años de edad, fué á Jerusalén, y secundando los deseos de Constantino su hijo, quiso levantar sobre el Santo Sepulcro una basílica majestuosa, que lo encerrase y protegiese de las injurias del tiempo.

Al efecto, fué indispensable preparar antes el terreno. La situación del Santo Sepulcro era bastante difícil, porque el monte en cuyas entrañas había sido labrado el sagrado monumento, por aquel lado no presentaba más que una pendiente escabrosa, elevándose á una altura considerable por encima y más aún hacia las espaldas del monumento. En una palabra, faltaba por completo el terreno necesario para construir una grandiosa basílica, y para obtenerlo se necesitaba un trabajo ímprobo, una de aquellas obras que únicamente los romanos eran capaces de idear y de llevar á feliz término. Se pensó en aislar del resto del monte la peña enorme que contenía en sus entrañas el Santo Sepulcro. Para lograr esto fué preciso cortar el monte de arriba á bajo, por más de dos tercios al rededor del monumento, el cual quedó de esta manera transformado en grandioso monolito. Conseguido de esta manera considerable espacio libre al rededor del monolito, sobre el límite extremo de este solar se levantó la majestuosa basílica rotonda, que fué después cubierta por una sola cúpula anchísima, cuyo cimborio se levantaba precisamente sobre el Santo Sepulcro, el cual surgió como por encanto, á guisa de mausoleo, en el hermoso centro de la misma basílica, que tomó el nombre de *Anastasis* ó de la Resurrección.

En 335 se celebró la dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro, llamada *Martyrium*, ó sea Testimonio, conforme nos consta por las palabras de San Cirilo, obispo de Jerusalén, quien predicando en el mismo punto doce años después, decía : « Este templo no lleva el nombre de iglesia como los demás, sino que se titula *Testimonio*, según predijo el profeta ».

Cerca diez años duró la construcción de este templo, cuya dedica-

ción se celebró con extraordinaria pompa entre un numerosísimo concurso de fieles y muchos obispos á la sazón reunidos en Concilio.

El Santo Sepulcro propiamente dicho, debió recibir forma arquitectónica, y hay quien cree que se dió al sacro monolito la figura de pirámide. Componíase la basílica de un vasto atrio precedido de propileos y adornado con pórticos sostenidos por columnas, y de una iglesia de cinco naves con el ingreso á Oriente, conforme lo había exigido la disposición del terreno. Debajo de una magnífica cúpula encerraba el ábside el sepulcro de Jesucristo rodeado de las estatuas de los doce apóstoles, una de las naves laterales del mediodía comprendía el Gólgota, y la capilla subterránea de la Invención de la Santa Cruz, se extendía debajo del atrio. Entonces fué cuando para hacer del Santo Sepulcro una capilla distinta y separada de las peñas á que estaba unido hubo que explanar y nivelar el terreno á él inmediato, y además, para imprimirle la forma adoptada, circular ó poligonal, fué destruída la primera gruta que servía de vestíbulo al Sepulcro. Así lo explica al por menor San Cirilo, obispo de Jerusalén. Las paredes de roca de la estancia sepulcral, desaparecieron bajo mármoles y oro; igualmente fueron allanadas las asperezas naturales de la peña del Calvario, y en su cima se formó una meseta para sustentar una capilla adornada asimismo con deslumbrante magnificencia; en el interior del monte y debajo de aquélla, abrióse una cueva con destino también á oratorio.

No se sabe precisamente si el Santo Sepulcro, después de haber sido aislado del monte, fué también revestido de finos mármoles en tiempo de Santa Elena; pero sí consta que tal decoración se llevó á cabo en tiempo de las Cruzadas, por los años entre 1099 y 1188. En esta misma época fué reconstruído en piedra el vestíbulo de la Santa Tumba, en el cual, para poder entrar más fácilmente, se abrieron tres puertas, una al frente y dos á los lados. Desde entonces la peña del sacro monumento, ora por los varios incendios allí acaecidos, ora por las devastaciones de los persas, carismianos y turcos, ha sido en su mayor parte destruída; de aquí que sólo se haya podido conservar su forma regular supliéndola con artificiales construcciones de piedra y mármoles.

En 1555, los mármoles que revestían y decoraban exterior é interiormente el Santo Sepulcro, estaban ya gastados unos y se habían caído á pedazos otros, por lo cual el ya citado Custodio de la Tierra Santa, el R. P. Bonifacio de Ragusa, hizo revestirlo enteramente de mármoles nuevos. Sobre el lugar mismo en que había sido depositado el cuerpo del Salvador se levantó una cupulita, sostenida por elegantes columnitas de pórfido; y reconstruyó por completo el vestíbulo en forma de capilla,

llamada del Angel, dándole una sola puerta exterior, frente por frente de la que conduce al interior del Santo Sepulcro. De esta manera el conjunto representaba en el hermoso centro de la rotonda, también entonces restaurada, un elegante templete adornado de bajos relieves é inscripciones latinas.

Así refiere el P. Bonifacio el descubrimiento del Santo Sepulcro y las restauraciones que en él se hicieron: «Siendo necesario demoler esta construcción para dar mayor solidez á la que debía reemplazarla, vino á tierra el revestimiento y el Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo quedó ante nuestros ojos, tal cual había sido tallado en la peña. Veíanse (en el interior) pintados dos ángeles: el uno llevaba una cinta con esta inscripción: *Surrexit, non est hic*, y el otro, señalando con el dedo al Santo Sepulcro, tenía esta otra: *Ecce locus ubi posuerunt eum*.

» Pero apenas estas dos pinturas sufrieron el contacto del aire, se borra- ron. La necesidad nos obligó á renovar una de las tablas de alabastro que Santa Elena hizo colocar sobre el Santo Sepulcro para cubrirlo y poder celebrar sobre él la Santa Misa; entonces vimos al descubierto aquel lugar inefable en donde el Hijo del Hombre reposó durante tres días. Creíamos tener los cielos abiertos delante de nosotros. Allí se distinguían aún en torno las huellas de la Sangre de Nuestro Señor mezcladas con las de los unguentos que habían servido para embalsamarle y el lugar resplandecía como los rayos del sol y nosotros, entre piadosos y gemidos, lo vimos y besamos, en presencia de muchos cristianos del Oriente y del Occi- dente».

Como lo había dejado el Padre Bonifacio de Ragusa permaneció el Santo Sepulcro hasta el año 1808, cuando sobrevino el gran incendio cuya verdadera causa se ignora.

He aquí un extracto de la relación de este incendio que formó en aquel tiempo un religioso italiano y dirigió á uno de sus amigos.

«Si en estos días de desastre y de luto, dice, volviere al mundo el profeta Jeremías, ¿invitaría al pueblo con menos razón que en otro tiempo á llorar sobre la desdicha de la Jerusalén desolada? ¿Debería entonar unos cánticos menos lastimeros sobre la tristeza y abatimiento de la desventu- rada hija de Sión? ¡Ay! ¡verdaderamente no serían solos sus ojos los que derramarían á raudales las lágrimas!... ¡abundarían por todas partes los que se asociaran á su dolor!...

» La mañana del día 12 de Octubre fué horrorosa; el recuerdo de este desgraciado día arranca un grito de dolor, no sólo de los corazones indi- ferentes, sino también de los empedernidos. La aflicción se ha apode- rado de los católicos, de los cismáticos y hasta de los herejes. Lloran los

orientales y occidentales, hasta los judíos pagan este tributo al dolor. En una palabra, nadie de cuantos se hallan en la ciudad Santa, de cual- quier nación que sea, deja de participar del sentimiento y consternación general. La iglesia del Santo Sepulcro, este monumento levantado por Santa Elena y Constantino con toda la suntuosidad imperial, y conservado por la piedad cristiana; este templo, el más augusto de todos los del uni- verso, este templo que causa la admiración de las naciones más remotas, acaba de ser consumido por las llamas! Todavía se ignora si es efecto de la casualidad ó de la malicia; pero lo cierto es que la rapidez del fuego ha sido tal, que en pocas horas han sido aniquiladas las galerías, las columnas y los altares. He aquí algunos detalles sobre este lamen- table acontecimiento.

» En la noche del 11 al 12 de octubre, hacia las tres de la ma- ñana comenzó á manifestarse el fuego en la capilla de los armenios, que está sobre la galería ó terrado de la grande iglesia del Santo Se- pulcro. El subsacristán de los religiosos de San Francisco que iba á reco- rrer las lámparas de la capilla del Calvario, fué el primero que lo notó; pero como allí no hubiese más que un pobre sacerdote armenio, viejo, á quien la vista del fuego había perturbado la razón, corrió desde luego á buscar socorro. La rapidez del fuego los hacía todos inútiles; porque cuando vino éste, el fuego había invadido la capilla de los armenios, su habitación, así como la de los griegos, construída en parte con madera seca y pintada al óleo.

» Los Padres Franciscanos se habían ido á descansar después del ofi- cio de media noche. Despiertan al extraordinario ruido que oyen en la iglesia, y se levantan precipitadamente; pero ¡cuál es su espanto!... A pesar de todos los peligros se lanzan al fuego.... La puerta está ce- rrada, y lo que colma su absoluta desconfianza es al ver pocos instan- tes después que las llamas que salían del lado de los griegos, armenios y jacobitas ó entiquianos amenazaban la cúpula del grande templo, cons- truída de enormes vigas cubiertas con plomo, y elevada perpendicular- mente sobre el monumento que contiene el Santo Sepulcro. Los made- ros de que acabo de hablar habían sido traídos á gran costa del monte Líbano al principio del siglo pasado, cuando los príncipes cristianos hicieron construir esta cúpula, verdadera obra maestra por lo atrevido de su formación.

» Todos se han escapado.... quedaron solos los Padres Franciscanos, y faltos como estaban de instrumentos necesarios, se procuran un paso por una pequeña ventana para advertir al monasterio de San Salvador y á los ministros del Gobierno turco. En el intervalo los jóvenes árabes

católicos desde el exterior se precipitan al interior, para salvar algo si es posible, y sin arredrarles las llamas. Pero en este momento el fuego gana la cúpula, los altares de la Santa Virgen, el órgano; en fin, la iglesia parece ya un gran horno. Luego caen las pilastras con estruendo, y con ellas los arcos y columnas que circuían el Santo Sepulcro; éste es inundado de una lluvia de plomo. El fuego es tan activo, que hiende las grandes columnas de mármol, sucediendo otro tanto con el del pavimento y del monumento. En fin, entre cinco y seis de la mañana cae la gran cúpula con espantoso ruido arrastrando consigo las agigantadas columnas y pilares que todavía sostenían la galería de los griegos y habitaciones de los turcos inmediatos á la cúpula.

»El Santísimo Sepulcro queda sepultado debajo de una montaña de fuego, que parece debía aniquilarle para siempre, y la iglesia ofrece el espectáculo de un furioso volcán.

»Después de la relación de un infortunio tan grande, me complazco en poder consolar vuestra piedad, refiriéndoos las maravillas de la divina Asistencia en favor de los religiosos de San Francisco.

»Sin embargo de haber alcanzado el fuego la puerta de madera que separa el altar de María Magdalena de la capilla del coro de la grande iglesia, ha respetado con todo la sacristía, no menos que cuanto guardaba. Nada se ha perjudicado, ni el pequeño monasterio de estos venerables Padres, ni las celdas que encierra, ni la capilla se resisten del más mínimo daño.

»Ninguno de cuantos mármoles están colocados en los sitios donde Jesucristo apareció á María Magdalena después de la resurrección, ha sido maltratado, por más que el fuego fuese muy activo en aquella parte, donde quemó el órgano y calcinó el mármol que tenía á su alrededor.

»Las capillas del Santo Sepulcro servidas por los Padres Franciscanos, por más que se hallasen debajo de la cúpula y de consiguiente en el centro del fuego, y sepultadas en las llamas, no han sufrido detrimento en su interior. Se han encontrado las ropas de seda con que estaban adornadas, así como los cordones de las lámparas. El excelente cuadro de la resurrección pintado en el lienzo que cierra la puerta del Santo Sepulcro quedó intacto, por más que la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, de los coftos, que estaba pegada al monumento, haya sido convertida en cenizas.

»La capilla del Angel que está en la entrada del Santo Sepulcro, no ha tenido otra pérdida que la mitad del terciopelo que le servía de adorno. Ni las paredes, ni el pavimento han sido quemados.

»En la capilla del Calvario ha podido salvarse intacta la estatua de Nuestra Señora de los Dolores, que estaba entre el altar de la Purificación y el de la Exaltación de la Santa Cruz. Esta estatua es una dádiva del rey de Portugal.

»El sitio en que fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo, que pertenece á los católicos, ha sido muy poco maltratado. No puede decirse otro tanto del otro en que fué elevado en la cruz, que es de los griegos. Lo más notable es que, á pesar del viento fuerte que soplabá, á pesar de tener una ventana inmediata que podía favorecer el progreso del incendio, la capilla exterior de Nuestra Señora de los Dolores no padeció nada.

»Esta capilla construída en el mismo paraje en que se hallaba la santa Virgen con las otras Marías, cuando los judíos clavaron á su Hijo en la cruz, ha quedado intacta; el cuadro que la representa, aunque inmediato al fuego, no le alcanzó.

»A las seis la violencia del fuego empezó á ceder, y á las nueve ya no era ni peligrosa, ni amenazador.

»Cuando al siguiente día pudieron quitarse los escombros, se descubrió con nueva sorpresa que la santa piedra que cubre la de la Unción, estaba intacta, cuando todos la creían calcinada. Nadie ha perecido: sólo algunos religiosos están heridos.»

Tal es la idea que puede darse por un extracto tan sucinto; tal es el lamentable desastre que asoló á Jerusalén en el año de 1808, y cuya relación hubiera consternado al mundo cristiano en tiempos menos infortunados. Los religiosos que presenciaron esta espantosa catástrofe confirman la exactitud de estos detalles. Muy particularmente un venerable anciano español, Fr. José Domingo, que estaba dentro de la iglesia del Santo Sepulcro cuando acaeció el incendio, el cual ha añadido interesantes detalles á los que se acaban de dar. Al siguiente día del acontecimiento los Padres de San Francisco fueron, según costumbre, al Santo Sepulcro á rezar el rosario, que las lágrimas y sollozos no les permitieron acabar. El día 14 celebraron en él el santo sacrificio de la misa. A pesar de las ruinas, que no permitían fijar sus pies, en nada interrumpieron sus oficios ni sus acostumbradas procesiones: marchaban sobre los escombros, y sin embargo cantaban las misericordias del Señor.